

## ¿Y las Ciencias Sociales?

Margarita López Maya

En América Latina existe, desde el siglo pasado, una tradición en el campo de las Ciencias Sociales y Humanas de “pensamiento crítico”. Intelectuales de izquierda, influenciados por saberes originarios, y/o corrientes de pensamiento diversas, han elaborado conocimientos sobre nuestra realidad, desde nuestra realidad, y con la mira puesta en contribuir a su cambio hacia sociedades igualitarias y libres. El pensamiento crítico tuvo su momento estelar en los años 60, cuando dio nacimiento a la teoría de la dependencia, según la cual, el obstáculo principal para alcanzar esas metas, residía en las características del sistema capitalista mundial, y el rol subalterno que dentro de él tenían asignados nuestros pueblos. Los *dependentistas* tuvieron impacto perdurable. El año pasado, en un foro realizado en el Cairo, el director del Centro de Estudios Africanos enfatizó la decisiva influencia que ese pensamiento social latinoamericano había ejercido en las luchas sociales de África y Asia.

Este patrimonio languideció después. La reducción de recursos públicos para educación e investigación en los años 80 en casi todos los países de la región, secó las fuentes que hubiesen permitido proseguir en la profundización de un pensamiento social crítico, creativo y ajustado a nuestras necesidades. Fue reemplazado por el “pensamiento único”. Los resultados están a la vista: universidades e intelectuales desvinculados de la región.

Sin embargo, las Ciencias Sociales críticas han vuelto al escenario, gracias a los vientos de cambio que soplan desde gobiernos de izquierda, pero sobre todo por los esfuerzos de instituciones como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Este Consejo, fundado en 1967, para proteger a investigadores críticos de la garra autoritaria que daba zarpazos certeros en el Cono Sur, casi desapareció en los años 80 y sólo comenzó a reestablecerse en los 90, gracias a la terca voluntad de científicos latinoamericanos en encontrar recursos y construir espacios para volver a pensar y discutir la región desde ella misma y para su transformación.

La Misión Ciencia, que recientemente lanzó el gobierno venezolano, es afín a esta perspectiva del conocimiento. Busca fortalecer una producción del

saber, que se sacuda de yugos impuestos por el pensamiento neoliberal, encontrando nuevas pistas para un cambio social de inclusión y justicia social. Sin embargo, en esta Misión las Ciencias Sociales parecen jugar un papel secundario. Ninguna de las áreas estratégicas prioritarias, ni los temas que de ellas se derivan, atiende al conocimiento sobre nuestra sociedad, sus complejidades, tensiones, conflictos. Una visita al portal de Fonacit constata que de 96 proyectos de investigación que financia el Estado hoy, ninguno se ocupa de comprender nuestra compleja realidad social. No se si tal omisión proviene de un prejuicio contra las Ciencias Sociales, cosa común entre científicos “duros”. Pero sorprende, que una sociedad como la nuestra, que padece los rigores de una polarización brutal, y estallidos de violencia continuos en los últimos 20 años, le de tan poca atención a la promoción de investigación y análisis sobre sus actuales complejidades sociales y políticas.